

# TARDE LLUVIOSA

por Oscar Mata

Facultad de Filosofía y Letras

*Para Maneliek*

Súbitamente comenzó a chispear. Un país sin tiempo no puede darse el lujo de tener estaciones, y en México llovía. Apenas era marzo y aquí estaba la lluvia. La gente se fue retirando y en pocos momentos el orador casi carecía de audiencia. Sin embargo algunas personas aún lo escuchaban. Las cosas se complicaron cuando el sistema de sonido empezó a fallar. Entonces fue materialmente imposible entender una frase. Sólo se distinguió un "no se vayan" y después los conceptos cayeron en el terreno de las suposiciones. Únicamente algunas voces en medio de la estática y las gotas: "México", "fracaso educativo", "Camilo Torres", "lucha", "presos políticos", "libertad": palabras en pugna, que chocan las unas con las otras, como en los muros de las facultades, como en las bardas de la ciudad tres años atrás. México sesenta y ocho. Todos recuerdan pero nadie puede hacer más: nuestro medio carece de mensaje:

Es habitual: los mozos borran con pintura gris los *mueras* y *asesinos* y algunos anuncios del mitin que habrá de celebrarse a las cinco de la tarde. En Insurgentes y avenida de la Universidad, brigadas de granaderos esperan cualquier circunstancia que les permita justificar su inclusión en el presupuesto. Por su parte, varios agentes de tránsito desvían los camiones que se dirigen a CU haciendo que miles de estudiantes caminen rumbo a clases. Ellos van confiados: estos días los maestros siempre llegan tarde.

De marzo a junio hay tantos meses como facultades que asisten a este tipo de reuniones. El público siempre llega por la izquierda del orador. Todos provienen de Filosofía, Derecho y Ciencias Políticas y Sociales. Del otro lado las clases siguen su curso normal. Hay ocasiones en que algún futuro ingeniero o uno que otro médico se acercan, pero lo hacen más por curiosidad que por convicción:

La rebelión estudiantil se ha convertido en una tranquila costumbre de principio y fin de semestre. Aquí los semestres duran tres meses y cada nueve semanas los granaderos respiran el aire puro que el régimen pretende volver a contaminar. Nadie sabe cómo se enteran, pero un día las madres prohíben a sus hijos que vayan a la Universidad. Insurgentes se pinta de azul y los

estudiantes recuerdan todas las malas palabras que saben. Insultos para los que manosean el idioma, maldiciones para escritores frustrados que nunca pudieron retornar a la Universidad. Injurias al iluso que golpea la antepenúltima sílaba de las palabras.

Jeans, camisas de mezclilla y cabelleras largas en compañía de botas y minifaldas llenan la explanada en una manifestación de repulsa al gobierno. La apariencia es análoga a la del año olímpico; mas hoy día los ataques se dirigen a un nuevo *dios* y la postura vital ha cambiado: antes se ignoraba qué pasaría, hoy nadie sabe qué ha pasado.

Antes hubo ambición, había esperanza, en las bardas se leían letras negras y rojas, y muchos estudiantes oyeron frases de aliento que no pasaron de ser meros sonidos. La lluvia estuvo con la juventud en Coyoacán y la Avenida de la Universidad; pero eso fue todo. Después ya no llovió y sólo hubo palabras sin sentido en asambleas y mítines. Las brigadas de choque desaparecieron por magia azul. Una boca se abrió y el aire de México perdió su pureza: el gobierno llenaba de mentiras la atmósfera. Día tras día los labios se separaban al tiempo que la juventud caminaba sola por el Paseo de la Reforma rumbo al Zócalo.

El pueblo sólo veía.

Se acercaban los juegos. Infinidad de gente se pudría en las cárceles bajo los encabezados de ocho columnas. Nadie recuerda cuántas palabras dijimos. Muy pocos saben cuántos estudiantes se hicieron polvo en la respuesta de las autoridades. El pueblo sólo habló de una bandera rojinegra en la plaza de la violada constitución, de los tanques antimotines que entraron en la Universidad. Y México se hizo un murmullo cuando las tropas envenenaron su aire. Así nadie vio nuestra sangre ni escuchó sus disparos. El hombre de la bandera se fue a Guadalajara. Todo es posible en la paz. Hasta que una noche Tlatelolco escuchó unos sonidos y se inundó con unas gotas que no eran de lluvia. . .

Dos años y medio después los estudiantes con tiempo libre se reúnen a jugar que las cosas siguen igual; otros, están muy ocupados tratando de incorporarse a la sociedad. Algunas facultades celebran asambleas que terminan cuando la reducida audiencia vota porque se haga huelga. Ya no hay brigadas de choque: en vísperas de los exámenes se tiene que estudiar. En los mítines se venden *pósters* del Che Guevara y publicaciones "revolucionarias" que nadie compra. A mitad de cualquier discurso, aparecen excursiones de gringos que fotografían a las quinientas personas que allí están reunidas. Los asistentes siempre platican entre sí. Para las seis de la tarde la inmensa mayoría ha vuelto a clase. Los pocos que se quedan pronto se aburren y deciden ir a tomar un café. En la glorieta de Taxqueña, los granaderos matan el tiempo viendo a las gentes que entran y salen de los comercios vecinos. Los hay que se acercan a las sirvientas con el propósito de hacer menos tediosa la espera. Pronto les cargan el mandado. Y las nuevas parejas caminan con prisa pues el cielo amenaza lluvia.

